

LA LIEBRE AZUL DE MEDIANOCHE

Hazel Blau, conocida en toda la ciudad como "La liebre azul", tenía una historia única. Con ojos celestes y cabello avellana, su belleza inmaculada la distinguía, aunque nunca había sido una ventaja para ella. Hazel había crecido en las calles sin conocer a sus padres ni a ningún familiar. Desde pequeña, se había convertido en una experta en el arte de robar y, más importante aún, en el arte de escapar. Nadie había logrado atraparla, lo que le valió su apodo.

Durante mucho tiempo, Hazel se preguntó de dónde venía o si tenía más familia en algún lugar. Estas preguntas la acompañaron en sus primeras noches en la calle, como sombras que la acechaban en los rincones oscuros.

Pero con el tiempo, el hambre y la necesidad de sobrevivir comenzaron a ocupar todos sus pensamientos, relegando sus dudas al fondo de su mente. La urgencia por encontrar algo de comer o un lugar donde dormir se volvió más apremiante que cualquier misterio sobre su pasado.

Pero no todo fue tan malo. De niña, Hazel había tenido una liebre como mascota, Blu, su única amiga en un mundo hostil. La encontró en un rincón oscuro cuando huía de un hurto y la cuidó como familia, más que como mascota. Hasta que un terrible día, en un pequeño descuido, Blu se escapó

y fue atropellada, dejando solo una pata en medio del asfalto que Hazel, con todo su dolor, guardó como su amuleto de buena suerte. Este pequeño relicario la acompañaba siempre, colgando de una cadena alrededor de su cuello, recordándole su conexión con su amiga perdida y la resiliencia que había aprendido de ella.

Hazel continuó robando hasta que encontró accidentalmente una nueva forma de vida trabajando como repartidora de delivery para una pequeña empresa de mensajería dirigida por el viejo Matus.

Vestida con su polerón color turquesa, shorts grises y calzas negras, Hazel se movía con una precisión y velocidad que, a los ojos de muchos, desafiaban las leyes de la física. Sus zapatillas, con suelas amarillas, parecían destellos cuando corría por la ciudad.

El encuentro con Matus había sido fortuito y decisivo. Una noche, en un intento de robar en su tienda, Hazel fue sorprendida por la intuición del viejo. No logró atraparla por velocidad, sino porque anticipó exactamente dónde ella se escondería. Pero, en lugar de denunciarla, impresionado por su agilidad y destreza, Matus la invitó a tomar un té de manzanilla con un trozo de pie de limón y decidió darle una oportunidad, contratándola. Desde entonces, Hazel se convirtió en su mejor y única repartidora.

Cada noche, cuando recibía un pedido, Hazel salía de su pequeño y azul apartamento, el cual se ubicaba arriba del pequeño negocio de Matus, el cual amablemente le cedió sin costo.

Cuando salía, comenzaba a trotar con sus manos dentro de los bolsillos, totalmente desconectada del resto. La ciudad de noche era un lugar diferente, un laberinto de sombras y luces donde se sentía más en casa que en cualquier otro lugar. Mientras corría, su mente se despejaba, sus pensamientos se alineaban y la sensación del viento en su cara la hacía sentir libre y en paz.

Una noche en particular, Hazel recibió un pedido inusual. Tenía que entregar un paquete en una zona de la ciudad, cercano a un sitio eriazo, que rara vez visitaba. Sin embargo, su espíritu estoico no flaqueó. Con la dirección en mente, comenzó su carrera, sus pies golpeando el pavimento con un ritmo constante y seguro.

La ciudad, iluminada por neones y farolas, le revelaba sus secretos mientras cruzaba diferentes barrios. Pasó por calles llenas de vida, con bares y restaurantes repletos de risas y música, y por otras más silenciosas, donde solo se escuchaba el susurro de las hojas movidas por el viento. Hazel siempre actuaba de manera estoica porque nunca sabía a quién le tocaría repartir, pero esa noche, de entre todas, había algo

distinto, y ella lo presentía. Finalmente, llegó a su destino: un viejo almacén al final de una calle empedrada y oscura.

Hazel sintió un escalofrío mientras se acercaba a la puerta del almacén. Siempre actuaba de manera estoica porque nunca sabía a quién le tocaría repartir, pero esa noche, entre todas, había algo distinto, y ella lo presentía. Abrió la puerta con cautela y, al entrar en ese oscuro lugar, vio a un hombre con una máscara blanca, con un cierre de color rojo que asemejaba una sonrisa siniestra. Su cuerpo estaba cubierto por un poncho oscuro que llegaba hasta sus pies, mostrando unas pantuflas blancas que revelaban la excentricidad del misterioso sujeto.

Producto de los dos años que llevaba trabajando para el viejo Matus, Hazel había visto todo tipo de personajes, algunos pintorescos y otros perturbadores, pero nada como ese tipo. Al ver sus ojos, vio un resplandor blanco que se convirtió en un miedo instantáneo que se apoderó de la joven, una tensión tan grave que pegó sus pies al suelo, unos segundos de silencio asfixiante que terminaron cuando el hombre habló:

—Hazel, ¿verdad? —dijo el hombre con una voz ronca y áspera—. Eres más rápida de lo que esperaba.

Ella asintió, sin apartar la vista de la máscara. Trató de entregar el paquete, pero sus manos se mantuvieron firmes en la caja, queriendo sujetar el amuleto de su cuello para tranquilizarse.

—¿Puede confirmar la entrega de su paquete, por favor? — preguntó ella, tratando de mantener la calma.

El hombre soltó una risa suave pero perturbadora.

—El paquete no es mío —respondió—. Es un presente para ti. Ábrelo cuando quieras y no temas usarlo.

Tan pronto como dijo esas palabras susurrantes, el extravagante sujeto se perdió entre las sombras hasta desaparecer tal como había aparecido.

—¿Qué mier...? —fue lo único que atinó a responder la joven repartidora.

Hazel sintió una inquietud creciente. Retrocedió lentamente, con el paquete en sus manos, dispuesta a salir del almacén lo antes posible. Una vez afuera, corrió hacia un lugar seguro donde pudiera abrirlo sin interrupciones.

Encontró un banco en un parque cercano, donde la luz de una farola le permitía ver claramente. Con manos

temblorosas, abrió el paquete. Dentro, envuelta en papel de seda, había una máscara de liebre azul, similar a su apodo.

Hazel sintió una mezcla de miedo y curiosidad. ¿Quién podría haberle enviado algo tan personal? La máscara parecía haber sido hecha a medida, encajando perfectamente en su rostro. Mientras se la probaba, sintió unos pequeños pinchazos en la piel, como si le inyectaran algo. Al principio se asustó, pero luego notó que su cuerpo se llenaba de una energía inusitada. Podía moverse con una agilidad y velocidad que nunca había experimentado, y no sentía cansancio.

Corrió por el parque, saltando y girando con una precisión increíble. Pero cuando se quitó la máscara, su cuerpo se desplomó de repente, como si toda la energía acumulada se desvaneciera al instante. Sentía un hambre voraz y una sed insaciable, como si no hubiera comido ni bebido en días.

Entonces, una voz suave pero clara interrumpió sus pensamientos.

—Este presente es solo el comienzo, Hazel. Hay un mundo oculto en esta ciudad, y tú eres parte importante de él. Lo sé, porque tú cuidaste de Blu, ¿no es cierto? Fue ella quien me lo hizo saber, y tu pasado está más cerca de lo que crees.

Hazel se sorprendió tanto al escuchar aquel nombre, que lágrimas cayeron por sus mejillas, al mismo tiempo que se giraba rápidamente, solo para no ver a nadie. Solo la voz y el eco de sus palabras quedaban en el aire. Sobresaltada, guardó la máscara con cuidado, decidida a descubrir quién estaba detrás de todo esto. No solo por curiosidad, sino porque sentía que este nuevo camino le daría respuestas sobre su propia existencia y su lugar en la ciudad.

El regreso a la tienda de Matus se sintió interminable, cada paso más pesado que el anterior. La sensación de ser observada persistía, haciendo que se moviera con rapidez, sus pensamientos girando en torno a las posibles implicaciones del regalo que había recibido. Aunque la noche había sido turbulenta y el encuentro en el almacén aún resonaba en su mente, la presencia reconfortante de Matus le brindaba seguridad.

Al llegar al apartamento de Matus, Hazel sintió el alivio de la calidez familiar. La luz cálida y el aroma del té de manzanilla ofrecían un respiro de la turbulencia interna que la había acompañado. Mientras se sentaba y compartía con Matus el inquietante encuentro en el almacén, su voz temblaba, revelando la mezcla de miedo y fascinación que sentía por la misteriosa máscara de liebre azul. Matus la observaba con preocupación y curiosidad, reconociendo la profunda conexión entre el regalo y el pasado de Hazel.

—Viejo, ¿crees que debería buscar más sobre esto? — preguntó Hazel, buscando la sabiduría del anciano mientras comía un trozo de pie de limón.

Matus la miró con suavidad, sus ojos arrugados mostrando años de experiencia y comprensión.

—Hazel, hay cosas en esta ciudad que van más allá de lo que podemos entender. A veces, la vida nos da señales que nos obligan a descubrir más sobre nosotros mismos y lo que nos rodea. No temas explorar, pero tampoco te precipites en lo desconocido —aconsejó, colocando una mano reconfortante sobre la de ella.

Hazel asintió, agradecida por las palabras tranquilizadoras de Matus. Tomó otro sorbo de té de manzanilla, dejando que el calor calmara su espíritu inquieto. Después de un momento de reflexión, se puso de pie con determinación, no sin antes terminar de merendar su pie de limón.

—Gracias por escucharme, viejito. Creo que necesito salir a despejarme un rato —dijo, guardando la máscara de liebre azul en su mochila.

Matus sonrió con cariño.

—Ve con cuidado, Blau. Siempre estaré aquí cuando vuelvas —respondió con gentileza.

Hazel solo pudo responder con una tímida y agradecida sonrisa.

De repente, el teléfono de Matus sonó en la distancia, rompiendo el silencio de la noche. Con un suspiro de asombro, Hazel vio cómo Matus levantaba el auricular con una sonrisa.

—Es un nuevo pedido, Hazel —anunció el anciano, mirándola con complicidad—. ¿Estás lista para el reparto de medianoche? Salió un pedido doble en Papparoni's Pizzas.

Hazel sostuvo la pata de su liebre, de Blu, y con determinación le respondió:

—Siempre, Matus —dijo con confianza, saliendo del local.

Antes de salir corriendo, Hazel decidió ponerse la máscara de liebre azul. Aunque sabía que tendría hambre y sed al quitársela, la energía y agilidad que le proporcionaba valían la pena.

Con sus audífonos puestos, Hazel hizo honor a su apodo dando zancadas que hacían sentir cómo su corazón latía al ritmo de la noche. La liebre azul de medianoche estaba lista para seguir corriendo. Y así, entre luces parpadeantes y susurros nocturnos, Hazel Blau se perdió en la oscuridad, lista para enfrentar una nueva entrega, así como misterios

que le esperaban en la eterna danza nocturna de una ciudad que nunca duerme.

Mientras tanto, en lo alto de los edificios, el tipo enmascarado con pantuflas y poncho observaba a Hazel con curiosidad mientras ella se desvanecía en el horizonte de la ciudad. Mezclándose entre la multitud, como cualquier otra persona, solo que ella aún no lo notaba. Eso hizo reír al sujeto en soledad, divirtiéndose también del hecho de ver cómo Hazel llevaba las pizzas encargadas por su familia para una noche de películas.

El pensamiento de que Hazel estaba llevando algo tan cotidiano y familiar le hizo sonreír. Mientras lo hacía, recordó que también era una noche hermosa azulada para estar con su gente, ver una película y disfrutar de una buena pizza con salsa de pesto. La idea de una noche tranquila en casa le resultaba verdaderamente acogedora.

Mientras se preparaba para regresar a su hogar, el hombre pensó en lo que vendría. Muy pronto, su propia familia volvería a crecer, un pensamiento que le hizo sentir un cosquilleo de emoción. Con una sonrisa enigmática, se lanzó de edificio en edificio, desafiando la gravedad con una agilidad sobrenatural. Competía en una carrera imaginaria para ver si podía alcanzar a Hazel antes que ella llegara a su destino, sabiendo que ella tenía ventaja.

Finalmente, se detuvo en la cima de un edificio, observando cómo Hazel se alejaba en la distancia. Ella ganó indiscutiblemente, debido al presente que él dio. La noche estaba llena de promesas y misterios, y él estaba dispuesto a disfrutar cada momento. La ciudad se extendía ante él, en un laberinto de luces y sombras, y él tipo enmascarado sabía que la historia de Hazel apenas comenzaba.

Fin.